

Algunos retos para la investigación mexicana de comunicación

Una reflexión personal (en diálogo con Raúl Fuentes)

Enrique E. Sánchez Ruiz*

The author reviews from a personal point of view some empirical information and reflections concerning the practice of communication research in Mexico that have been put in debate by himself and some other researchers during the last decade. Working with some bibliometrical data published by Raúl Fuentes, the author reinterprets their meaning and names the challenges he finds more compelling to debate and deal with, about research practices and their relationship with the field's theoretical and methodological development. Some of those challenges have to do with the interdisciplinary or transdisciplinary character of the field, and the methodological balance between "theoricism" and "empiricism", "essayism" and "scientificism", "quantitative" and "qualitative" approaches. The author argues against manicheism and suggests the fostering of a "debating culture" among researchers.

El autor de este artículo hace una recuperación personal de la información empírica y las reflexiones que han sido puestas en debate por él mismo y por otros investigadores en la última década, con respecto a la práctica de la investigación de la comunicación en México. Con base en datos bibliométricos publicados por Raúl Fuentes, y reinterpretaciones de su sentido, formula los retos que le parecen más relevante debatir en cuanto a las prácticas de investigación y sus relaciones con el desarrollo teórico y metodológico del

* Departamento de Estudios de la Comunicación Social (DECS/CUCSH), Universidad de Guadalajara.

campo. Los primeros de estos retos tienen que ver con la caracterización inter o transdisciplinaria de estos estudios, de donde se derivan también los retos del equilibrio metodológico entre el “teoricismo” y el “empirismo”, el “ensayismo” y el “cientificismo”, y los enfoques “cuantitativos” y “cualitativos”, ante los cuales el autor sugiere alentar la cultura del debate, que contrarreste el maniqueísmo.

Introducción

Hace relativamente pocos años, en un escrito que nos encargaron de fuera, en el que evaluábamos los “obstáculos” para la investigación de campo en el área de la comunicación en nuestro país, Raúl Fuentes y quien esto escribe concluíamos que a pesar de una serie de problemas y obstáculos, desde estructurales hasta institucionales —la mayor parte de los cuales están lejos de haberse resuelto—, la investigación de la comunicación en México, “como la Tierra de Galileo, *sin embargo, se mueve*” (Sánchez y Fuentes 1990). Algunos de los datos de que partíamos en ese entonces, se originaron de la sistematización documental que mi colega Fuentes (1988) acababa de publicar, misma que incluía una muestra de 877 trabajos, de 1956 a 1986, con sus respectivos *abstracts*.¹ Nuestro “documentalista” por excelencia publicó ya un volumen de seguimiento de ese trabajo, ahora de 1986 a 1994, que incluye 1 019 nuevos escritos emanados del campo (Fuentes 1996a). Una parte del análisis que intentaremos aquí se basará en estas fuentes privilegiadas.

La primera observación, que de tanto repetirse parece “verdad de perogrullo”, pero la cual es importante seguir recordando, es que los procesos y productos que han ido constituyendo el campo sociocultural (Fuentes 1995) de la “in-

1. Si bien se trataba de una muestra intencional, analítica, extraída del Centro de Documentación del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (el más amplio del país), cuyos componentes habían sido seleccionados en la medida en que eran aportaciones más sistemáticas que las de los otros cerca de cuatro mil depositados en el acervo, se puede pensar que, por su tamaño, era bastante representativa del trabajo más serio realizado en el área.

vestigación de la comunicación en México”, en realidad son históricamente nuevos: Reuniendo las dos grandes muestras antes aludidas, 85% de los documentos fueron producidos a partir de 1980 y el resto durante los treinta años anteriores (Fuentes 1995).² El crecimiento de los documentos a través de los años es exponencial, al igual que sus aportaciones cualitativas al mejor entendimiento del dominio al que pretenden referirse (privilegiadamente, aquel de los llamados medios de comunicación). Entonces, a pesar de su juventud, de una situación de (por lo menos) “triple marginalidad”³ (Sánchez y Fuentes 1990) y otros problemas, este campo “se mueve”. Pero pretender triunfalístamente que este joven campo crece y “progresa” sin más, sería caer en la autocomplacencia y no reconocer los muchos retos que tenemos por delante. Algunos de estos retos son por necesidad comunes a las ciencias

2. Si se comienza a contar desde 1985, es decir, durante los últimos diez años, tendríamos dos terceras partes del total de documentos (calculado de la misma fuente, cuadro 5.4).
3. Esta “triple marginalidad” se refiere a que, en primer lugar, la investigación científica en general ha sido tradicionalmente una actividad marginada de las prioridades del desarrollo nacional; en segundo lugar, las ciencias sociales y las humanidades tienen un grado ulterior de marginación de frente a las ciencias exactas y naturales, tanto en términos de los apoyos oficiales, como en alguna forma con respecto al *status* de *soft* de las últimas. Y entre otras razones, por la misma juventud del campo, los estudios sobre “comunicación” estarían todavía, como se puede comprobar a partir de indicadores muy claros, en un plano marginal, de frente a las “disciplinas duras”, como la sociología, antropología, etcétera. Quizá a alguno de nuestros colegas ya le suene “trillado” leer acerca de la “triple marginalidad”, pero el hecho es que no la hemos remontado y es un reto importante que tenemos adelante. Por ejemplo, en instituciones oficiales de apoyo a la investigación científica como el CONACYT no se reconoce un área de “comunicación”, sino una, casi residual, de “información”. En 1993, de un total de 1 508 profesores reconocidos por el Sistema Nacional de Investigadores dentro de las ciencias sociales y humanidades, sólo *nueve* (0.6%) se incluían en la categoría “información” (Fuentes 1995; CONACYT 1994). Si tenemos en cuenta que algunos de nuestros colegas se han clasificado en otras áreas como la sociología, la antropología o la historia, podríamos aspirar a lo más alrededor de 1% del total.

sociales más en general (Sánchez Ruiz 1988; 1992a; Sánchez y Fuentes 1990), aunque hay otros más específicos del campo.

Hay problemas y obstáculos —retos— más difíciles de vencer, como puede ser el que la sociedad mexicana produzca o no un excedente económico y que los agentes decisores —en el gobierno, pero también en el sector privado— asignen una parte del mismo al fomento de la investigación y de la educación superior. Esto último, dentro del contexto actual de las políticas públicas “neoliberales”, que privilegian la aplicabilidad, “eficiencia” y *rentabilidad* inmediatas y que no consideran la generación básica de *conocimiento* o la resolución de los problemas fundamentales de la sociedad de mucha importancia, o como una prioridad (Sánchez Ruiz 1995; Esteinou 1996). Hay otros retos, sin embargo, que pueden estar más cerca de nuestra capacidad o “agencia” (Giddens 1984) para afectar y transformar las circunstancias que delimitan nuestras acciones. Deseo enfatizar aquí los que se relacionan con lo específico de nuestra actividad de *investigación*, en particular aquéllos que se refieren al desarrollo teórico y metodológico del campo. Por ejemplo, si deseamos obtener mayor legitimación en las instituciones (usualmente aquellas de educación superior) en las que laboramos, en especial entre los otros campos —los más consolidados— de las ciencias sociales, debemos mostrar una solvencia mínima en las capacidades que, en principio, nos definen como investigadores: desde las aportaciones teóricas y empíricas de la propia labor de indagación, pasando por algún grado de solidez metodológica y finalmente (*last, but not least*, como dicen los anglosajones) el manejo adecuado y riguroso de las técnicas de investigación, utilizadas a partir de criterios más o menos compartidos de rigor.

La investigación de la comunicación en México. ¿Qué disciplina? ¿Cuál objeto?

El nombre de la licenciatura que se estudia en las universidades mexicanas es “ciencias de la comunicación”. Quizá sea el

más acertado, en la medida en que el plural utilizado denota, así sea muy implícitamente, que para entender la comunicación humana es preciso recurrir a una multiplicidad de ciencias de lo humano y de lo social; pero también lo contrario, que no hay probablemente nada humano ni social, que no pueda entenderse mejor sin tomar en cuenta la comunicación entre los humanos (por lo menos).⁴

Hasta la fecha, no conocemos *un* marco disciplinario que pueda llamarse *la* ciencia de la comunicación, a pesar de que haya una multiplicidad de teorías de la comunicación. En lo personal creo que es mejor así, para no esquematizar y simplificar la enorme riqueza y complejidad de las múltiples formas y niveles posibles de comunicación entre los humanos.⁵ Lo que falta es buscar proponer síntesis *críticas* y *creativas* entre los diversos enfoques, teorías, disciplinas, puntos de vista, etcétera, que han servido ya para conocer y entender un poco

4. De ahí que algunas de las propuestas de grandes síntesis, por ejemplo, de la sociología, acudan a la comunicación como una categoría privilegiada en sus modelos (por ejemplo: Luhmann 1991; Habermas 1989). Pero, finalmente, ninguno de ellos *reduce* lo histórico-social o lo humano a la comunicación, proponiendo una teoría (social) “de la comunicación”, ni siquiera Jürgen Habermas, que tanto énfasis hace en la misma. De cualquier forma, no hay que olvidar el intento “globalizante” de la cibernética, que tenía grandes pretensiones epistemológicas (Wiener 1960), de donde se derivó (reduciendo pretensiones) por ejemplo toda una propuesta de una teoría *psicológica* basada en la comunicación (Ruesch y Bateson 1965; Watzlawick *et al.* 1971; Bateson *et al.* 1982).
5. Lo cual no significa que no haya necesidad de recordar, con frecuencia, algunos elementos y relaciones que constituyen modelos —que por necesidad esquematizan, al abstraer— que han propuesto el entendimiento de lo que *en general* ocurriría fundamentalmente en todos los procesos de comunicación, y de lo cual sería común a ciertos procesos más específicos. A pesar de todas sus insuficiencias, estos modelos han sido parámetros conceptuales que han permitido producir *un cierto* lenguaje más o menos común e intersubjetivo, pero no completamente compartido ni en México ni en Latinoamérica, como por ejemplo en la “corriente principal” (*mainstream*) estadounidense. Nosotros hemos solido discutir y criticar los marcos teórico-metodológicos de ésta última sin conocerlos a fondo (Sánchez Ruiz 1988; 1992a).

mejor la comunicación humana. Posiblemente la formulación de Wilbur Schramm (1973), en los sesenta, de que el campo de la comunicación es más que nada una *encrucijada* (*cross-roads*) a la que de manera potencial puedan concurrir y contribuir todas las ciencias sociales y humanas, siga teniendo vigencia.⁶ No tenemos, entonces, ni hemos tenido hasta ahora, (una) disciplina, sino un *campo problemático*, a partir del que ha ocurrido la generación histórica de un *campo sociocultural* (Bourdieu 1990; Fuentes 1995) conformado por una multiplicidad de agentes sociales (investigadores y estudiosos de los fenómenos y procesos comunicativos) que, en diversas partes del mundo y en particular en México, interactuamos y cooperamos, luchamos por la hegemonía y las recompensas académicas, etcétera.

Por otra parte, en la medida en que en las escuelas de comunicación en México se enseñan más bien técnicas de intervención “comunicacional”⁷ especialmente, aunque no sólo a través de los medios, alguna proporción del conocimiento generado afuera y en el país es útil, y ha sido aprovechado, aunque no sea posible traducir *todo* el conocimiento en formas y

6. “La comunicación, naturalmente, no se ha convertido en una disciplina académica, como la física o la economía; pero sí ha alcanzado a ser un campo animado de investigación y teoría. Es una de las más activas encrucijadas en el estudio del comportamiento humano, lo cual es comprensible, ya que la comunicación es un proceso —quizá el proceso— social fundamental. (...) Ha sido una encrucijada académica por la cual han pasado muchos, pero pocos se han detenido” (Schramm 1973: 12). En todo caso, hoy podríamos corregir la última parte de la cita, en la medida en que, especialmente en Estados Unidos —lugar de referencia del aserto de Schramm—, los congresos de las diversas asociaciones académicas de comunicación suelen reunir cada vez a varios cientos, si no miles, de estudiosos. Un aspecto que creo importante resaltar es que, al hacer el recuento de la “investigación de la comunicación” en Estados Unidos, Schramm de hecho se refería casi únicamente a la investigación *sobre medios de difusión*.

7. En este sentido, era entonces más descriptivo el nombre que tenía antes la carrera en la Universidad Iberoamericana: “Ciencias y Técnicas de la Información”, después derivado en otras universidades del país a “Ciencias y Técnicas de la Comunicación”. Sin embargo, ha prevalecido el de “Ciencias de la Comunicación”.

fórmulas aplicables. De cualquier manera, es ya casi un lugar común, por lo menos en México, que lo que se enseña en las escuelas de comunicación suele no tener mucha relación directa con lo que se investiga en el campo (ni viceversa; véase, por ejemplo, Trejo 1988). Se habla, pues, de una “desarticulación múltiple”, que incluye, además de la enseñanza y la investigación, los campos profesionales —de hecho, también diversos— de los comunicadores (Fuentes 1995).

De todo lo anterior se deriva una primera serie de retos fundamentales para quienes “poblamos” este campo sociocultural de la investigación de la comunicación. Uno es reconocer, y asumir como reto, que *no tenemos, ni hemos tenido*, un campo disciplinar propio, sino un *dominio* de estudio, más o menos común, alrededor del cual se ha conformado nuestro campo sociocultural. Y dos, que este dominio ha sido, es y quizá tendrá que seguir siendo, una *encrucijada* inter y transdisciplinaria, dentro de las ciencias sociales y humanidades, lo que hace el reto aún mayor, en la medida en que exige de cada uno —dependiendo de los objetos más específicos de investigación—, el desarrollo de un amplio espectro de capacidades teóricas y metodológicas. El que hayamos podido constituir durante los últimos decenios una comunidad científica, que estemos en un arduo proceso de institucionalización y de profesionalización; y que estemos comprometidos en una lucha por la legitimación de nuestro trabajo y nuestros productos, dice que el campo de estudio (dominio, constituido por los objetos que hemos privilegiado) es de hecho potencialmente rico e importante, no sólo para nosotros mismos, sino en términos más amplios, sociales. Pero es mucho lo que falta por lograr y consolidar. Primero, necesitamos intentar nosotros mismos proponer nuevas síntesis teóricas, metodológicas, epistemológicas, que a su vez constituyan intentos de arrojar nuevas luces hacia lo que de comunicacional tiene lo que nos rodea, pero sin olvidar y tirar a la basura todas las aportaciones previas, las cuales con frecuencia soslayamos en aras de “novedades”, que muy seguido no tienen tanto en realidad de novedoso. Varios de nosotros hemos criticado ese “desfile de modas”, que a

veces parece nuestro campo académico (Trejo 1988; Sánchez Ruiz 1988; 1992a). Esto se logra con mayor y mejor formación.⁸ Estas síntesis teóricas tendrían que alimentarse, claro, de las propuestas que existen en la literatura internacional especializada, pero también a partir de la *investigación empírica* sobre nuestro entorno inmediato, a fin de que sean *pertinentes* y útiles para la mejor comprensión de este entorno cada vez más interconectado globalmente. Todavía más, si pretendemos que nuestro conocimiento producido sirva también para contribuir a cambiar la realidad. Pero es importante, como sostenemos después, que las nuevas propuestas tengan por necesidad que alimentarse —como siempre lo han tenido que hacer— de otras fuentes disciplinarias, de las ciencias sociales y las humanidades.

No hemos tenido una disciplina, sino una encrucijada interdisciplinaria, pero sí hemos ido construyendo objetos de estudio, que a su vez han ido dando forma al dominio de la realidad que más o menos nos ha ido definiendo como miembros de una comunidad de investigadores de la comunicación. ¿Cuál ha sido ese “pedazo” de realidad que hemos privilegiado para constituirnos en comunidad de investigadores?

Tal como ha sido el caso, quizá, en todo el mundo, el principal objeto de análisis de los investigadores mexicanos de la comunicación han sido los medios. Por ejemplo, de 1956 a 1986, Fuentes (1988) daba cuenta de que 63% de los documentos producidos por investigadores mexicanos se refería a los “medios de comunicación”. De 1986 a 1994, esta proporción

8. Todavía en los años setenta, alcanzaban los dedos de una sola mano (y posiblemente sobrara uno o dos) para contar los investigadores del campo de la comunicación que poseían un doctorado. A mediados de los ochenta comenzamos a proliferar un poco más quienes poseíamos estudios de posgrado, pero es hasta el presente decenio cuando más de nuestros colegas han ido logrando el nivel doctoral (Fuentes 1995). Sin embargo, hasta el momento de escribir esto no existe todavía un solo programa en México de Doctorado en Comunicación. Por otra parte, siguiendo con las necesidades pluri o interdisciplinarias que, continuaremos insistiendo, requieren nuestros objetos de estudio, es de hecho muy positivo que quienes trabajan en el área obtengan el entrenamiento requerido desde Posgrados en Sociología, Antropología, etcétera.

era ya de 74% (Fuentes 1995).⁹ Es más, teniendo en cuenta otros actores institucionales estudiados,

... aproximadamente el 85% de los documentos sistematizados sobre la “investigación de la comunicación” refiere a objetos de estudio contruidos sobre fenómenos que “circunscriben” o intervienen en los procesos comunicativos, pero esos trabajos no los analizan como tales (...) queda claro que en la mayor parte de los casos lo que se analiza son las *instituciones* que intervienen en la comunicación y no la comunicación misma (*ibid.*: 271-272).

Esta es una corroboración empírica de una afirmación que muchos de nosotros hemos venido haciendo sobre bases más intuitivas (Sánchez Ruiz 1988; 1992a). Tengamos en cuenta el predominio durante los años setenta y ochenta, en la investigación mexicana y latinoamericana sobre medios, de los enfoques periodísticos y críticos: los primeros, tratando de incidir en las políticas públicas, en contra de los “monopolios” y las transnacionales, y en favor de una mayor participación estatal en los medios; los últimos basados en alguna variante del marxismo, a los que les interesaba analizar principalmente aspectos políticos (aun aquéllos orientados a “desvelar” ideologías), o de “economía política”.¹⁰ Entonces, *de hecho*,

9. El porcentaje lo calculé del total del cuadro 6.5 (754 documentos que trataban sobre uno o varios medios), de un total de 1 019 documentos (Fuentes 1995).
10. En realidad muchos de nuestros colegas en ese tiempo se podrían colocar en ambos grupos. Por otra parte, hay que remarcar también que, desafortunadamente, muchos de esos “estudios” eran, principalmente, *ensayos* con muy poco contenido empírico. Otro gran reto que, como discutimos adelante, hemos ido poco a poco afrontando: es dejar atrás el teoricismo y el ensayismo predominantes en décadas pasadas, para alimentar más las reflexiones con informaciones empíricas, sin dejar de lado una orientación crítica e intentos de conceptualización amplia (Sánchez Ruiz 1988; 1995; Sánchez y Fuentes 1990). Aun así, refiriéndose a su recuento más reciente, el propio Fuentes indica que “...poco más de la mitad de los documentos sistematizados son ensayos y no informes de investigación empírica...” (Fuentes 1995: 271). Por otra parte, debo aclarar que personalmente creo que una postura crítica hacia una realidad

la investigación mexicana de la comunicación ha sido muy poca investigación *de la comunicación*, y más *de los medios*. Y éstos han sido analizados, más que como instancias sociales productoras de sentido, predominantemente en tanto instituciones sociopolíticas.

En la medida en que los medios, las industrias culturales y todo el complejo tecnológico del entretenimiento y la información en que han devenido, insertos a su vez en los procesos globalizadores actuales, son de hecho procesos complejos, *multidimensionales*, su estudio ha requerido, requiere y seguirá requiriendo el recurso a las ciencias y campos sociales y humanísticos necesarios para en cada caso comprender cada una de esas dimensiones y sus posibles articulaciones con otras (Sánchez Ruiz 1992a). Por ejemplo, quienes estudiamos algún aspecto de la globalización de los medios, *debemos* estar conscientes de que quizá el motor más importante de dicho proceso es la dinámica de la economía mundial. A la vez, que las grandes corporaciones de medios, principales actores en los procesos de globalización “mediática”, lo son en tanto empresas que se articulan a los mercados internacionales a partir de finalidades propias de cualquier otro actor económico (cualquiera que sea la mercancía que produce o vende). Entonces, quienes abordamos la dimensión económica tenemos que acudir a la economía necesariamente, pues es la disciplina que atiende, por definición, esa dimensión de lo histórico-social. Si nos interesan las consecuencias *culturales* (ámbito más cercano a lo comunicacional que el anterior) de tales procesos en primera instancia económicos, deberemos acudir a la antropología cultural y a la sociología de la cultura, o a la historia de las mentalidades, en busca de herramientas teóricas y metodológicas, aunque en este caso los llamados “Estudios Culturales” emanados del propio campo, pero que siempre se han alimentado de aquéllos otros, deberán articularse con los

injusta y desigual como la que históricamente ha sido la mexicana, es no sólo justificable, sino éticamente necesaria. Pero bueno, si hemos de cambiar el mundo, es mejor conocerlo primero (...) y si se puede, sistemática y rigurosamente.

mismos. Aquí lo que me interesa subrayar es la *necesidad de estudiar, conocer y aplicar* herramientas teórico-metodológicas que se han generado en campos disciplinarios muy específicos y que nuestro propio entrenamiento, a veces estrecho con relación a las ciencias sociales en general, no nos ha proveído directamente. Hay tanto por conocer, investigar y cambiar, sólo con respecto a las industrias culturales, que resulta absurdo intentar “descubrir la rueda” cada vez que se inicia un nuevo estudio, sin acudir —desde luego que *críticamente*— a lo que ya está disponible por ahí, en el herramental teórico-metodológico-técnico de las ciencias sociales. En principio, todo lo que no conocemos bien tiende a parecernos simple y poco problemático. Más todavía, cuando en realidad no ejercemos *investigando lo concreto*. De ahí que pueda haber quien defienda la postura de que los medios de comunicación deban estudiarse solamente desde la comunicación, o desde la cultura, pero es cada vez más claro que esta postura es por lo menos ingenua.¹¹

Si además, en un mismo proyecto de investigación intentamos estudiar en forma articulada ambas dimensiones (económica, cultural), los requerimientos teórico-metodológicos se multiplican, incluyendo el reto de dar cuenta de los vínculos entre lo micro y lo macro (Alexander *et al.* 1987) en procesos que pueden referirse a la “larga duración” à la Braudel (1980) o a coyunturas muy específicas. El reto de recuperar las dimensiones comunicativas en este tipo de estudios que tomo como ejemplo, no le resta la importancia —ni la urgencia,

11. Lo cual no significa que no sea fundamental, para los “comunicólogos”, aportar al conocimiento de lo que “propiaemente comunicacional” tienen los medios y las industrias culturales. De ahí propuestas importantes, como las de Jesús Martín-Barbero (1987; 1989), de transitar “de los medios a las mediaciones” por la vía de la cultura. Sin embargo, insisto, ni la comunicación ni la cultura agotan analíticamente a los medios, las industrias culturales ni todo el gran aparato de información-comunicación que se ha generado a partir de los desarrollos tecnológicos más recientes y de las tendencias históricas actuales hacia la llamada globalización. Lo que en todo caso me interesaría recalcar, es que ninguno de estos posibles énfasis es más “legítimo” que el otro. Lo que haría la gran diferencia serían *las aportaciones efectivas* al conocimiento, que se generaran de cada uno.

si por ejemplo se tiene la esperanza de que estudios tan actuales pudieran incluso ejercer alguna influencia sobre las políticas públicas respectivas— de atender las dimensiones extracomunicativas. Con la mayor frecuencia, los propios especialistas en las disciplinas involucradas descuidan el estudio de los medios de difusión y las industrias culturales.¹² De hecho, sigo sosteniendo la opinión que proponía hace un lustro:

... si bien hay diversas dimensiones del desarrollo y funcionamiento social de los medios, que en principio constituyen dominios de ciencias sociales “diferentes” de la sociología (e. g., economía, ciencia política, psicología, antropología, lingüística, semiótica, etcétera), de hecho su síntesis (o su comprensión global e integrada) solamente se puede lograr desde un punto de vista *sociológico*. Así, para nosotros la sociología constituye el lugar por excelencia de la “transdisciplinariedad” en ciencias sociales (Sánchez Ruiz 1992a: 67).¹³

En principio, a partir de los datos disponibles, más que una prescripción lo anterior podría ser una *descripción* de lo que hemos estado haciendo los investigadores mexicanos “de la comunicación”. De los 889 documentos de que constaba el primer recuento de Fuentes (1988), 33.5% tenían en la clasificación de mi colega un “enfoque sociológico”, por 23% que tendrían uno “comunicacional” (con otros enfoques quedaría el restante 46.5%). En el recuento más reciente, suponiendo que Fuentes aplicó los mismos criterios,¹⁴ el enfoque sociológico

12. No conocemos actualmente en México, a ningún economista interesado en el estudio sistemático de las industrias culturales.
13. Es importante hacer notar que mi trabajo se refiere explícitamente al estudio de los *medios de difusión*, no a la comunicación; ni siquiera a los propios medios como “de comunicación”.
14. Con respecto al último trabajo sí explicita el principio de clasificación: “El criterio de distinción entre estudios ‘enmarcados’ sociológicamente y comunicacionalmente es crucial, pues no depende ni de los métodos de investigación empleados, ni de las temáticas abordadas, sino del *modo de construir el objeto*: como una institución, fenómeno, producto o interacción social, por una parte, o como una relación entre dos o más de esas instancias (materiales, objetivas) en que los sujetos involucrados

habría crecido a casi la mitad de los trabajos (45.4%), mientras que el comunicacional habría decrecido a 15.5% (Fuentes 1995); el restante 39% estaría enmarcado desde otros puntos de vista. Es decir, que lo sociológico aumentó, lo “comunicacional” disminuyó, y también hubo un *decremento en los otros enfoques* (histórico, educativo, antropológico, etcétera) y por lo tanto, en la *dispersión*. Curiosamente, mi conclusión difiere de la de quien produjo estos datos, que encuentra una “disolución disciplinaria” (Fuentes 1996b: 31), donde yo observo más bien una *resolución* disciplinaria, es decir, un proceso muy claro de *sociologización* de la investigación mexicana de la comunicación.¹⁵ Más que “posdisciplinarización” (*ibid.*), entonces, en mi lectura de las tendencias documentales habría estado ocurriendo un proceso de *disciplinarización* hacia la sociología. En su tesis doctoral, Fuentes (1995: 268) mismo tiene una formulación que me parece más satisfactoria: “... las relaciones apuntadas entre sociología y comunicación podrían considerarse más bien un caso de erección de la sociología como un marco *transdisciplinario* para los estudios sobre la comunicación”. En todo caso, en la medida en que los estudios sobre *medios* son los que han predominado, y si estamos de acuerdo en que éstos son un objeto de estudio construible desde *diversas dimensiones, puntos de vista, niveles (micro, meso, macro sociales) y temporalidades*, entonces no es de extrañarse la necesidad del recurso a múltiples disciplinas. Entonces, incluso deberíamos esperar mayor dispersión disciplinaria. El reto, pues, es que no hemos recibido, entrenamiento como sociólogos, antropólogos, historiadores, etcétera, y se esperaría que nuestro trabajo académico tuviera por lo menos la misma solvencia teórica, metodológica y téc-

participan en la *producción de sentido* (Sánchez Ruiz 1992a: 89-93)” (Fuentes 1995: 271). Dejo la referencia a mi trabajo al final de la cita a Fuentes, para dar cuenta de nuestro acuerdo *en principio*.

15. Además, para que haya una “disolución disciplinaria” antes tendría que haber existido una *disciplina*, la cual creo que hay argumentos convincentes para sostener que no la hemos tenido realmente.

nica que el de quienes sí se han desarrollado en tales ciencias sociales.

Una preocupación que compartimos ambos autores,¹⁶ que en mi concepto es otro indicador de nuestra marginalidad dentro de las ciencias sociales, es la de que en revisiones recientes sobre el estado de la cuestión de la sociología mexicana, "...la comunicación como objeto de estudio prácticamente no aparece" (Fuentes 1995: 267). Los datos que hemos manejado antes muestran que ni en nuestra propia producción está presente —suficiente, o "representativamente"— la comunicación como objeto de estudio. Pero ni siquiera una "sociología de los medios" se ha ganado un lugar en tales recuentos. El reto es demostrar, a quienes se reconocen como sociólogos porque estudiaron en su enorme mayoría una licenciatura y posiblemente estudios de posgrado en sociología, que quienes analizamos los medios de difusión y procesos comunicacionales de diverso tipo, desde una perspectiva sociológica, *podemos realizar un trabajo sociológico* (o histórico, o antropológico en su caso) por lo menos de igual calidad y rigor científicos. Apenas en el último decenio hemos ido poco a poco saliendo del cascarón de nuestros propios (aunque escasos) congresos y seminarios para participar en igualdad de circunstancias con otros científicos sociales. Es cuestión de tiempo y de *trabajo* duro y formación. Por esta razón es ya urgente el desarrollo de programas interdisciplinarios de doctorado en comunicación, que partan de la articulación con líneas y proyectos de investigación, pero que también provean una formación sólida teórica y metodológica desde las ciencias sociales. Por ejemplo, como mencioné anteriormente, el criterio de Fuentes (1995) para clasificar si un documento partía de un "enfoque sociológico" no fue si se utilizaba —adecuadamente o no— una teoría o una

16. Quienes, según entiendo, somos las dos personas que más hemos producido análisis y reflexiones sobre el devenir de nuestro campo académico, tanto separadamente como coautores. Sin que esto se juzgue como "competencia", debo indicar que Fuentes me lleva ya la delantera actualmente, con la reciente y afortunada conclusión de su tesis doctoral acerca del mismo tema (Fuentes 1995), en la que tuve la suerte de colaborar de cerca, como asesor académico.

metodología sociológica, sino del “modo de construir el objeto” (véase la nota 14). Si nos ponemos a revisar cada una de las aportaciones sistematizadas, mi hipótesis es que encontraríamos escasamente el recurso a literatura directa de las “otras” disciplinas sociales, articulada de manera satisfactoria con estudios emanados del campo. Aquí, el reto entonces estriba en conocer más o menos a fondo los fundamentos disciplinarios de aquellas “otras” disciplinas sociales, a fin de construir objetos de estudio apropiados, así como de utilizar los instrumentales metodológicos y técnicos con una mínima destreza. Además, en la medida en que a los otros científicos sociales casi no les interesa indagar los objetos de interés para nuestro campo, ¿quién entonces va a realizar los estudios? Y hay que hacerlo bien.

En suma, el gran reto que se plantea en esta sección está relacionado con la dimensión cultural del “primer grado” de nuestra “triple marginalidad”, a saber, el hecho de que como comunidad académica (“campo sociocultural”) todavía no poseamos un cierto *status* horizontal frente a las ciencias sociales tradicionales, con una consecuente relativa crisis de identidad nuestra. Sobresimplificadamente, habría por lo menos las siguientes dos posturas: la de quienes como Fuentes, se negarían a asumir una identidad “fuerte” preexistente (la de sociólogo de los medios, o de la comunicación, por ejemplo) y postularían una propuesta “por fuera” de las disciplinas sociales ya legitimadas: la de la “posdisciplinarización”. Mi provocación tendría un carácter “posconservador”, al proponer, por lo menos para quienes estudiamos los sistemas e instituciones de medios, industrias culturales, etcétera, una *disciplinarización*, hacia la sociología entendida en un sentido más bien clásico, como aquella disciplina de lo histórico-social que sería capaz de proponer y articular las grandes síntesis del conocimiento de lo por naturaleza complejo, multidimensional y cambiante, que es el proceso histórico-social (Weber 1976). La resolución implica no sólo “decidir una identidad”. Se trata de una mayor y

mejor participación de todos los que deambulamos por esta comunidad académica en discusiones críticas de índole epistemológica, teórica, metodológica. Sin embargo, debemos reconocer que

un campo de prácticas y relaciones sociales más o menos colectivas como el de la investigación científica y humanística, no se autogenera, a partir de finalidades “puras” (por ejemplo, la producción de conocimiento por sí y en sí misma), ni aislado de los procesos y condiciones históricas que desembocan en sus momentos de génesis y desenvolvimiento (Sánchez Ruiz 1992b).

Es decir, en última instancia, lo que colectivamente decidamos será resultado de discusiones epistemológicas y teórico-metodológicas, pero también de hegemonías y otros factores sociopolíticos a los que nuestro campo sociocultural no puede escapar. Mi provocación va en el sentido de que aceptemos el reto de producir en el futuro mayores discusiones y debates racionales, de índole epistemológico, sobre este y otros temas, con la consiguiente relativa minimización de la dimensión política interna de nuestro campo sociocultural. Pero es fundamental que la discusión en las alturas epistemológicas parta del *ejercicio de la autorreflexividad sobre las prácticas reales y concretas de investigación*, y no de planteamientos abstractos alejados de tales prácticas. Yo creo que *Comunicación y Sociedad* tiene un papel importante que jugar propiciando este tipo de debates.

*Entre el “teoricismo” y el “empirismo”,
entre el “ensayismo” y el “cientificismo”*

Otro reto que considero importante para la investigación mexicana de la comunicación es el de lograr un equilibrio entre los términos del título de esta sección. Es más o menos conocida la reticencia que hemos tenido tradicionalmente los latino-

americanos hacia la investigación empírica,¹⁷ en especial al uso de las técnicas cuantitativas (Sánchez Ruiz 1992a). La comunidad de investigadores mexicanos en comunicación hemos ido, poco a poco, asumiendo el reto de asomarnos más, sistemática y rigurosamente, a la *realidad*,¹⁸ dejando de repetir fórmulas y “llaves mágicas” que nos decían cómo era esa realidad, sin necesidad de ningún tipo de verificación. Para no perder la costumbre, citaré a Raúl Fuentes (a su vez citándome a mí):

... el hecho de que más y más trabajos incorporan lo que Enrique Sánchez Ruiz llama contenido empírico, refiriéndose a lo que, en su sentido más amplio, va más allá del ensayo informado o la teorización libre y pura, y que representa un esfuerzo *organizado* de recolección/producción de datos. Se incluyen ahí los estudios históricos y/o estructurales, los análisis de contenido tanto cuantitativos como cualitativos, las investigaciones por encuestas, los diseños experimentales, la investigación-acción y la etnografía. En el *corpus* 1956-1986, él encontró que sólo 38% de los documentos mostraban evidencias de contenido empírico y sólo 11.2% de trabajo de campo. En el *corpus* 1986-1994, la proporción de documentos con contenido empírico

17. Describía a principios de los sesenta Gino Germani en el Prólogo a *La imaginación sociológica* de C. Wright Mills (donde, por cierto, se hacía una muy certera crítica tanto al “empirismo abstracto” como a la “gran teoría”): “En los países de América Latina nos encontramos en una situación que es casi opuesta a la existente en los Estados Unidos. El ‘ensayismo’, el culto de la palabra, la falta de rigor son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente” (Germani 1961: 19).
18. Aclaro que no sostengo una posición epistemológica empirista ingenua. Esa realidad, en tanto objeto de conocimiento, *la construimos* (Sánchez Ruiz 1992a). No creo que alcance aquí el “espacio-tiempo” para entablar una discusión epistemológica. El argumento de “asomarse a la realidad”, si bien simplificado, tiene aquí la función de oponerse al teoricismo que nos llegó a caracterizar, mediante el cual *ya no teníamos que investigar*, sino simplemente “deducir” (aunque muchos de nuestros colegas despreciaban la “lógica formal”), (véase Sánchez Ruiz 1988).

alcanza 45% (el resto serían ensayos) y la de los que muestran trabajo de campo o interacción directa del investigador con sus sujetos 17.7%, lo que es un indicador del aumento en el número de trabajos que son producto de proyectos formales de investigación, aunque también de la escasez de recursos para realizar extensos estudios de campo, sean cuantitativos o cualitativos (Fuentes 1996a: 19).

Este pequeño pero sostenido incremento de la investigación empírica puede también ser indicador de un proceso de mayor profesionalización, por lo menos en una dimensión de ésta, que sería el que comenzamos ya a reconocernos, aun dentro de cierta diversidad, a partir del uso de algunas herramientas (teórico-metodológicas, pero también técnicas), que constituyen un instrumental común, que propicia la intersubjetividad, pero también el rigor, para la elaboración de los productos del ejercicio de esta profesión.¹⁹ Muchos de los problemas que encontramos en nuestra revisión hace casi una década, para la realización de trabajo de campo (que se podría traducir más en general a la investigación empírica), tanto estructurales como institucionales y profesionales, siguen ahí (Sánchez y Fuentes 1990). Continúa habiendo pocos recursos para apoyar la investigación; aunque menos, nuestra capacitación técnica y teórico-metodológica sigue siendo deficiente, a pesar de existir ya una serie de bibliotecas y centros de documentación bien dotados en sus acervos, una gran mayoría de los profesores de las escuelas de comunicación en México no tienen fácil acceso a ellos, en especial por la centralización de tales recursos. El reto, pues, es que los que ya estamos un poco más “desarrollados” propiciemos, mediante organismos como el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC), o la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), que haya un desarrollo mayor en todo el país, y no sólo en la

19. Y que la diferencia del periodismo, por ejemplo, profesión que *respeto mucho*, pero que, aun teniendo aspectos en común con la del investigador social, *es diferente*.

ciudad de México y Guadalajara (o el Occidente del país, incluyendo el grupo de Colima), como hasta ahora.

Sin caer en una postura “cientificista”, es necesario ejercer con más sistematicidad y rigor las herramientas de nuestra profesión. Sin caer en un “empirismo abstracto” (Wright Mills 1961), es necesario dar cuenta de esta realidad, que deseamos conocer y comprender y, tal vez, cambiar. Pero también es necesario usar y producir teoría y de repente dejar volar la imaginación utópica en el ensayo libre, en la medida en que podamos diferenciar cuando hacemos un reporte de investigación de cuando nos acercamos más al literato.²⁰ La metáfora y otros recursos retóricos son válidos en tanto recursos *heurísticos*, pero la claridad y la precisión en el uso del lenguaje son convenientes cuando de producir (y “traducir”) observaciones se trata. La teoría social se expresa mediante el lenguaje, equívoco por razón de su propia riqueza; pero es necesario reducir la ambigüedad y la “equivocidad”, mediante la producción y uso apropiado de *metalenguajes* epistemológicos, metodológicos y teóricos.

En líneas generales, cualquier informe de investigación pudiera considerarse un ensayo, pero debemos aceptar que un “ensayo científico” tendría ciertos requerimientos específicos, tanto de fondo como de forma, que lo diferenciarían del “ensayo literario”, más libre. Entonces, sí podríamos aceptar que todos seríamos “ensayistas”, en la medida en que estos ensayos nuestros fueran con claridad el producto de procesos de *inves-*

20. Hace pocos años, sostuve una larga e interesante conversación (en Melbourne, Australia) con Carlos Monsiváis, en la que me costó trabajo convencerlo de que el ensayo libre es conveniente cuando se tiene la aguda capacidad de observación y de análisis de que él está dotado. El “común de los mortales”, como yo, necesitamos teoría, metodología, técnicas de investigación para indagar e interpretar sistemáticamente nuestra realidad. Yo acostumbro recomendar a mis estudiantes de metodología que lean a “los intelectuales” en busca de ideas sugerentes (hipótesis), más que “corroboraciones” o asertos conclusivos. Si bien nadie va a poder llegar a la “mera neta”, el investigador social, por lo menos, podrá sustentar sus conclusiones provisionales en la corroboración (o no falsación) empírica, a partir de la sistematicidad y el rigor de sus procedimientos.

tigación científica. Con respecto a ésta última, un reto que veo para las nuevas generaciones es dejar atrás la “flojera” para el aprendizaje de métodos y técnicas de investigación, que de manera tradicional han sido tan despreciadas por los científicos sociales mexicanos y latinoamericanos. Sin que estas herramientas agoten la “cientificidad” de la indagación, es sólo a partir del uso sistemático, crítico, controlado y riguroso de métodos y técnicas que podemos diferenciar una buena parte de nuestro quehacer profesional, del de los periodistas, los literatos, incluso los filósofos.²¹

Contra el maniqueísmo

En general, creo que lo importante es dejar atrás la “razón dualista”, maniquea (Cervantes 1992; Sánchez Ruiz 1992a), que solamente ve blanco y negro (todavía peor, o blanco o negro) cuando el mundo no es ni siquiera una gama de grises, sino un enorme arcoiris y no se le puede —no se le debe— mirar monocromático o bicromático, como nos lo muestran los lentes daltónicos del maniqueo.²² Por ejemplo, hoy en día parece haber una lucha en el plano metodológico, entre “cualitativos”

21. Tener en cuenta lo que escribo en seguida sobre el maniqueísmo. Tener en cuenta, también, la forma en que comencé esta sección, exhortando a la búsqueda de un cierto *equilibrio* entre los términos del título de la misma. Aclaro también que un equilibrio en *este contexto* no significaría literalmente otorgarle a cada término un peso igual. Por ejemplo, si pretendo hacer investigación *científica*, debe haber algo de cientificismo en mi proceso y productos de trabajo. Sin embargo, creo que también algo de literario es entre deseable e inevitable. Pero, de nuevo, por lo menos yo no soy novelista (o ensayista literario). Finalmente, debo aclarar también que en lo personal reconozco que no hay una sola forma de producir *conocimiento*; mas cada tipo de conocimiento tiene sus propios requerimientos, su propia efectividad, etcétera. A los filósofos, periodistas, literatos, etcétera, los respeto en lo que puede tener de *específico* su trabajo y su producción, de la misma forma en que yo esperaré un respeto recíproco por lo que de específico puedan tener mis aportaciones al conocimiento.

22. Ya que de “metáforas” hablamos.

y “cuantitativos”, como antes lo fue entre “funcionalistas” y “marxistas”, o entre “empiristas” y “dialécticos”, pero ¿alguien tiene la llave de la verdad absoluta? En referencia al enfrentamiento entre “empiristas y dialécticos”, a fines de los ochenta escribí un texto que me parece sigue planteando una serie de retos aún vigentes (quizá actualizando los “bandos enfrentados”):

Una conclusión provisional es que no existen, entonces, ni recetarios fáciles, ni “fórmulas mágicas”, ni algoritmos para producir verdades absolutas o “reflejos” de la realidad en la ciencia social (...) Hoy, nuestra única certeza es que ignoramos demasiado y que la piedra filosofal, la llave del conocimiento total, nunca se nos revelará. Esto constituye el reto y mejor es tomarlo. Si uno cree, por una parte, que la tarea es demasiado complicada y difícil, mejor cambiar de oficio; por otra parte, si uno considera que “ya se dijo todo” o que en realidad sí existe tal algoritmo para llegar a la verdad, creemos que también equivocó la profesión (hay religiones urgidas de predicadores). La resolución a problemas como el de la validación del conocimiento en ciencias sociales, entonces, sólo se puede lograr *relativamente y a través de un trabajo productivo y constante*. Esto implica, de partida, una amplia preparación teórica y metodológica y una gran apertura de mente por parte del investigador social, junto con una saludable visión crítica hacia la sociedad y *la ciencia social misma* [énfasis añadido]. Es necesario realizar un considerable trabajo de vigilancia epistemológica, bastante de reflexión teórica, mucho de producción de datos cuantitativos o cualitativos (es decir, investigación concreta); trabajo de pensamiento: análisis, síntesis, deducción, inducción, abducción, “transducción”, en suma, una labor de abstracción y concretizaciones sucesivas, de constante ida y vuelta: es decir, mucha “artesanía intelectual” (Mills 1961: 206-236). Finalmente, ni el paradigma empirista ni el crítico están irreconciliablemente divorciados. En la medida en que el autoritarismo antes predominante ya no es un impedimento para caer en ciertas “impurezas” de eclecticismo, surgen probabilidades de producir síntesis creativas (Sánchez Ruiz 1992a: 44-45).

En todo caso, lo que suele suceder es que ni unos, ni los otros, conocen a ciencia cierta los fundamentos del o lo “otro”, resultando un enfrentamiento entre ciegos que se niegan a reconocer en ese otro una aportación real, a pesar de sus debilidades (según el punto de vista).²³ Personalmente creo que hay objetos de estudio y múltiples posibilidades para su investigación: ésta será predominantemente cuantitativa, o cualitativa, dependiendo del propio objeto y la manera en que se construye.²⁴ La vacuna contra el maniqueísmo —que se convierte en una suerte de autoritarismo cuando se manifiesta intolerante— es entonces una dosis de pluralismo, acompañada de una dosis de autocritica (individual y colectiva). Pluralismo, en principio, que significaría una apertura de mente para aceptar en el debate sólido e informado que hay otras concepciones y formas de hacer las cosas que pueden ser válidas. La prueba final de lo que sirve y lo que no sirve, lo será *la investigación concreta* y su producto: la reducción de incertidumbre e ignorancia, al mediano y largo plazos. Un consejo, en especial para quien apenas comienza en esta labor, es darle mayor credibilidad en sus propuestas teóricas, metodológicas y técnicas, *a quien efectivamente las ha aplicado* en la indagación de lo real, y no a quien propone a partir del abstracto fórmulas infalibles para hacer lo que nunca (o muy pocas veces) ha hecho. En los años setenta proliferaron en nuestro campo propuestas metodológicas que nunca se referían a investigaciones concretas, ni en el plano crítico, ni en el plano propositivo. Finalmente, la mayor parte de ellas no tuvo trascendencia en la medida en que ni partían de la práctica, ni la propiciaban orientándola. Es necesario que aprendamos a tener una poca de

23. A partir del dicho mexicano de que “en tierra de ciegos el tuerto es rey”, en una discusión sobre un tema similar usé el subtítulo de “para dos maniqueos, un tuerto” (Sánchez Ruiz 1992a).

24. Klaus B. Jensen, uno de los principales investigadores “cualitativos” en la actualidad, indica que “la importancia de una metodología específica depende, sobre todo, del objetivo específico y del área de investigación (...) no hay ningún objeto de análisis que sea, por naturaleza, cualitativo o cuantitativo, pero queda enmarcado así por el medio o el aparato analítico empleado” (Jensen 1993: 15).

paciencia, antes de hacer pública una propuesta metodológica o técnica, para ponerla a prueba, para entonces refinarla y enriquecerla con el ejercicio individual y colectivo de la autorreflexividad y la crítica.²⁵

El último reto que deseo señalar se refiere al hecho de que no hemos desarrollado todavía, con plenitud, una cultura propicia al debate informado, a la crítica científica fundamentada (lógica y empíricamente). No sólo entre quienes piensan diferente, sino también entre quienes parten de premisas similares, es importante que llenemos las páginas de nuestras revistas especializadas con discusiones e intercambios en los que se muestre el desacuerdo y el deseo de resolverlo en una aproximación común a algo más cercano a la verdad. La autocomplacencia es también una forma de autoritarismo. Mi sueño con respecto a *Comunicación y Sociedad* es que se convierta durante el próximo decenio en un vehículo para el avance del conocimiento, sirviendo como foro para los debates entre quienes poblamos este triplemente marginal campo sociocultural, de la llamada investigación de la comunicación.

Conclusión

¿Conclusión? ¡A trabajar, que hay mucho por hacer!

25. Debo reconocer que esto implica un cambio de índole cultural. Por ejemplo, los anglosajones, bastante más pragmáticos y empiristas que nosotros, acostumbran usar muchos *ejemplos* del uso (o “mal uso”, cuando se trata de una crítica) de técnicas y métodos. Nosotros solemos hacerlo menos. Sin embargo, creo que especialmente cuando se trata de textos que pueden servir para el aprendizaje de la investigación, se gana mucho en claridad con la utilización de ejemplos concretos del herramental que uno trata de describir.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, Jeffrey *et al.* (1994) *El vínculo micro-macro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Gamma.
- BATESON, Gregory *et al.* (1982) *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.
- BOURDIEU, Pierre (1990) *Sociología y cultura*. México: Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- BRAUDEL, Fernand (1980) *On History*. Chicago: The University of Chicago Press.
- CERVANTES BARBA, Cecilia (1992) *Los estrategias de la comunicación. Alternativas metodológicas frente a la persistencia del maniqueísmo*. Guadalajara: ITESO, tesis de Maestría en Comunicación.
- CONACYT (1994) *Indicadores de actividades científica y tecnológicas 1993*. México: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- ESTEINOU MADRID, Javier (1996) "La investigación de la comunicación en los tiempos neoliberales", en *TELOS*, Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad, núm. 47, septiembre-noviembre.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1996a) *La investigación de la comunicación en México. Sistematización documental 1986-1994*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/ITESO.
- (1996b) "Un acercamiento bibliométrico a la configuración cognoscitiva del campo académico de la comunicación en México", en *Comunicación y Sociedad*, núm. 27, mayo-agosto.
- (1995) *La emergencia de un campo académico: Continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de comunicación en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales.
- (1988) *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986*. México: Ediciones de Comunicación.

- FUENTES NAVARRO, Raúl y Enrique E. SÁNCHEZ RUIZ (1992) "Investigación sobre comunicación en México: Los retos de la institucionalización" en G. Orozco (coord.) *La investigación de la comunicación en México: Tendencias y perspectivas para los noventas*. México: Universidad Iberoamericana, Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales, núm. 3.
- GERMANI, Gino (1961) "Prólogo" a C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GIDDENS, Anthony (1984) *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Berkeley: University of California Press.
- HABERMAS, Jürgen (1989) *Teoría de la acción comunicativa*. Buenos Aires: Taurus (dos tomos).
- JENSEN, Klaus Bruhn (1993) "Introducción: El cambio cualitativo" en K. B. Jensen y N. W. Jankowski (eds.) *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*. Barcelona: Bosch Casa Editorial.
- LUHMANN, Niklas (1991) *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México: Universidad Iberoamericana/Alianza.
- MARQUES DE MELO, José (1996) "La investigación mestiza en la escuela latinoamericana", en *TELOS*, Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad, núm. 47, septiembre-noviembre.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1989) *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. México: Gustavo Gili/FELAFACS.
- (1987) *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura, hegemonía*. México: Gustavo Gili.
- MILLS, C. Wright (1961) *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RUESCH, Jürgen y Gregory BATESON (1965) *Comunicación: La matriz social de la psiquiatría*. Buenos Aires: Paidós.

- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1995) "La investigación de la comunicación en tiempos neoliberales: Nuevos retos y posibilidades" en J. Galindo y C. Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: Hacia una reconstrucción reflexiva*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ITESO.
- (1992a) *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (1992b) *Tendencias en la investigación sobre televisión en México. 1950-1990*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (1990) "Los estudios regionales sobre medios de difusión en México (o de lo difícil y prolífico que resulta hablar de casi nada)" en C. Martínez Assad (coord.) *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México*. México: Miguel Angel Porrúa/CIIH-UNAM.
- (1988) "La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México" en E. E. Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. y Raúl FUENTES NAVARRO (1990) "Fieldwork problems in Mexican communication research" en Narula y Pearce (eds.) *Cultures, politics and research programs: An international assessment of practical problems in field research*. Hillsdale, N. J., E.U.A.: Lawrence Earlbaum Associates.
- SCHRAMM, Wilbur (1973) "Investigación de la comunicación en los Estados Unidos" en W. Schramm (comp.) *La ciencia de la comunicación humana*. México: Roble.
- TREJO DELARBRE, Raúl (1988) "La investigación mexicana sobre medios de comunicación: modas, mitos y propuestas" en E. E. Sánchez Ruiz (comp.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Ediciones de Comunicación/Universidad de Guadalajara.
- WATZLAWICK, Paul, J. H. BEAVIN y D. JACKSON (1971) *Teoría de la comunicación humana*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.

WEBER, Max (1976) *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Futura.

WIENER, Norbert (1960) *Cibernética*. Madrid: Guadiana de Publicaciones.